

ban de salirle las cuentas con los precios de regulación: «Trescientos millones de pesetas se gastan en el Real en bebidas y comidas» (diario «Sevilla»); «Se calcula que el montaje de la Feria, independientemente de la instalación de casetas, supone un costo de veinticinco a treinta millones de pesetas. En cuanto a las particulares, las hay, como la del Círculo Mercantil, que valen unos tres millones de pesetas, hasta las de ochenta mil a cien mil pesetas de una particular» (agencia Logos); «El Ayuntamiento paga por la luz de la Feria una factura de veinte millones de pesetas a Sevilla de Electricidad» (Radio Sevilla, de la Cadena SER); «En cuanto a refrescos, parece que doscientos cincuenta mil litros puede ser la cifra de venta en los días de Feria, englobando en este sector las colas, tónicas, naranjadas, limonadas... En cuanto a la cerveza, me dicen que en los seis días se beben algo así como cien mil litros. Y en vino me aseguran que no bajarán de quinientos mil los litros que se beben en estas jornadas. Añadimos el güisqui, la ginebra, el ron, el aguardiente, etcétera, y resulta una cifra asombrosa, descomunal, un verdadero río capaz de llenar una piscina tan grande como el ferial, hasta un metro de profundidad» (Juan Luis Manfredi, en «ABC», de Sevilla).

Es decir: que los medios de comunicación han coincidido en valorar lo que se gasta Sevilla en la Feria; poco se ha hablado de lo que gana la ciudad... O el Ayuntamiento, ya que los 25-30 millones de inversión del ferial son recuperados con creces con las tasas de casetas,

de ocupación de terrenos para atracciones, con los impuestos, etcétera. Pero, de todas formas, la Feria, a la larga, es deficitaria para un Ayuntamiento tan entrampado como el de Barcelona; que ya es decir. Y en cuanto al gasto de los sevillanos, en un momento de crisis, nadie se ha atrevido a hacer conjeturas.

Naturalmente, hay quienes afirman que la Feria es un gran motor económico para una ciudad deprimida. Si este motor va en contra o a favor de los sentimientos regionalistas por salir del atraso, es algo que nadie se pone a pensar. Porque hay que partir de que —caballistas y casetas de los señores aparte— la Feria es un fenómeno ampliamente popular, en el que los niveles de participación están en función de los de renta y «status» social... Y al igual que al subdesarrollo sevillano se le sacan consecuencias, a la inversión o al dispendio de la Feria —se admiten opiniones— nadie le aplica la ley de las moralejas.

Con todo, era chocante leer en los días de la Feria un informe no precisamente hecho por los rojos al paredón, sino por la Organización Sindical: «El paro sevillano vio aumentar sus cifras durante estos meses, y de un total de 11.932 desempleados a finales de septiembre, hemos pasado a los 13.462 en los últimos días de diciembre, siendo, en los momentos de redactar el informe, de 17.029». A pesar de estos diecisiete mil parados, en Sevilla todavía hay ganas para decir: «Alegría, alegría». O contradicciones. ■

ANTONIO BURGOS.

Villagrán a la calle y llega el regionalismo

● En poco tiempo, la prensa de Sevilla se ha puesto a un nivel madrileño o catalán que asusta. No bien Federico Villagrán salía de la cárcel (ver TRIUNFO, número 655), cuando comenzaba una larga batalla por salvar los setenta y cinco años de historia de «El Correo de Andalucía» y los setenta y cinco que vendrán. Esta batalla se ha resuelto a los puntos, sin victoria por ahora de ninguno de los dos contendientes: la Administración y la empresa Editorial Sevillana.

Si bien la batalla se ha resuelto por ahora a los puntos, pendiente de una decisión del Consejo de Ministros que muy bien podría producirse en el del viernes 25, ha rodado una cabeza: la de Federico Villagrán, que de estar en la calle (fuera de la cárcel), ha pasado a la calle (fuera de la empresa). Que la bandeja haya sido de plata o no, como la del Bautista, es materia opinable; lo que parece claro es que la empresa ha ofrecido la cabeza de Villagrán a la Administración en holocausto de normalidad, para evitar males mayores. Pero nadie piense en tensiones y luchas. Ha sido una batalla muy versallesca la que se ha librado estas últimas semanas entre «El Correo...» y las altas esferas: «Despida usted primero, señor presidente», «De ninguna forma, señor, concluya usted el expediente...». Hasta el mismo Villagrán ha sido contagiado de la atmósfera de la negociación. Cuando una mañana

—la que el periódico publicaba la noticia de su «licencia», algo muy anormal incluso en el periódico que se confiesa católico— lo llamé para decirle lo que me parecía aquello, me atajó: «No, nada de eso; las relaciones con la empresa son cordialísimas, se trata de salvar el periódico, que es más importante que yo».

La cabeza de Villagrán ya ha rodado sobre la moqueta de un acuerdo con la empresa que ha llevado a la rescisión del contrato como director y a una indemnización. Sobre la cifra de esta indemnización hay división de opiniones: mientras Europa Press ha dado una cantidad que «se aproxima al millón de pesetas», Cifra ha tirado más por alto: «El señor Villagrán ha recibido ya doscientos cincuenta mil pesetas, y el resto, hasta un millón seiscientos mil pesetas, aproximadamente, lo percibirá en dos letras de cambio giradas a corto plazo». Pero nadie ha dramatizado nada mientras, hasta la fecha, «El Correo de Andalucía», tan pródigo en primeras planas en los días calientes de los siete mil «marines» y Federico en la cárcel, no ha publicado una sola línea del asunto. A todo lo más que ha llegado Villagrán es a declarar a «Arriba»: «Hemos llegado a un acuerdo. No hay ruptura. Sólo hay conciencia de una situación difícil... aunque haya sido forzado, porque a mí no me gusta dejar el periódico en que he estado más de dos años jugándome la cabeza».

Parece, por las trazas, que al final Villagrán ha renunciado a este difícil juego de la propia cabeza, y ni siquiera ha intentado reasumir la dirección al salir de la cárcel, como se esperaba tras la amplia campaña de solidaridad profesional que su caso levantó en toda España. Por lo tanto, José María Requena, periodista y novelista premiado con el Nadal, sigue saliendo cada mañana en la cabecera como «director en funciones». El final de esta función parece que se anunciará mediante un golpe de timbre de Editorial Sevillana en el momento administrativo oportuno, y que Requena pasará a la dirección, descartándose soluciones de directores «de fuera», dadas las difíciles condiciones económicas de la empresa.

¿Habrá cierre de «El Correo...», no lo habrá? Si lo hay, ¿durante cuánto tiempo? Sea el tiempo que fuere, ¿podrá la empresa aguantar económicamente el tirón? Son éstas todavía cuestiones insolubles tras la noticia del desembarco de los siete mil «marines» en Rota el Martes Santo. Mientras que el asunto en la vía judicial sigue su curso, en la vía administrativa se ha puesto en el platillo de la empresa un elemento que puede alterar el equilibrio: la cabeza de Villagrán, que ha dicho que aprovechará este tiempo de algo más que «licencia eclesiástica» —al fin y al cabo, el arzobispo de ▶



Sevilla y el obispo de Córdoba son los hombres fuertes de la empresa— para escribir sobre sus vivencias una novela que se llamará «Desde la sombra a la calle».

¿QUE VIENE EMILIO ROMERO?

Pero no han quedado aquí los ceses en las direcciones de los periódicos sevillanos. Casi nadie ha hablado del de Ignacio Arroyo (legionario retirado, hombre de confianza de los antiguos equipos azules de Prensa del Movimiento) como director del vespertino «Sevilla». Porque en esta ocasión, todo se ha ido en hablar del nuevo director, que es Manuel Benítez Salvatierra, un periodista muy combativo y muy consecuente con sus ideas, que le hicieron, en 1961, inaugurar la serie de periodistas en la cárcel, cuando el gobernador civil (del Opus Dei) don Hermenegildo Altonazo Moraleda, lo metió en Ranilla a causa de un artículo que «César del Arco» —que es su seudónimo de batalla, su nombre de guerra periodística— había publicado preguntándose si las trágicas inundaciones del Tamarguillo podrían haber sido evitadas con previsión por el Gobierno. El relevo en el vespertino del Movimiento «Sevilla» parece que va más allá del director. Cuando Emilio Romero, en plena Feria de Abril, daba posesión a Salvatierra, todos pensaban que se ponía algo más en marcha. Que no era otra cosa que aquel viejo proyecto de Romero, cuando dirigía «Pueblo», de hacer los grandes regionales de Sindicatos. Como ahora Romero manda la Prensa del Movimiento, ha cambiado el nombre del caballo blanco de esta operación periodística de poner pisos caros en provincias, pero sigue su espíritu. Cuando Salvatierra tomaba posesión, nadie sabía si lo hacía del poco leído «Sevilla» o de algo más. «Sevilla», evidentemente, marcha mal. Se cuenta que en una visita de Juan Aparicio en sus años míticos de jerarca de la prensa azul preguntó:

—¿Ustedes, cuánto tirán?
—No —le respondieron—, los tiramos todos, Aparicio, porque nadie lo lee.

Más recientemente, en la visita de un gobernador civil, Ignacio Arroyo hacía ver al jefe provincial que bajo la cabecera iba la frase de José Antonio «Amamos a España porque

no nos gusta». A lo que el gobernador respondió:

—Pues a mí me pasa igual con tu periódico, Ignacio; lo amo porque no me gusta absolutamente nada.

Con la llegada de Salvatierra ha comenzado a escala regional el traspase «Pueblo»-Prensa del Movimiento, que se inició hace ya meses en Madrid. Por vez primera fuera de la capital del Reino, todos los hombres de Emilio Romero (los de la delegación sevillana de «Pueblo», que dirige Salvatierra) pasan a Prensa del Movimiento, con una consigna hasta ahora insólita en aquella casa: hacer periodismo, que Pyresa informe de las huelgas y las reuniones de la progresía, etcétera. De forma que la delegación sevillana de «Pueblo» se ha quedado tan sola como la ermita del Rocío de la copla; todos están ya o van a estar en el «Sevilla».

¿Para qué? Para hacer los grandes regionales que Emilio Romero quiso abordar desde «Pueblo».

De «Sevilla», en poco tiempo se va a pasar a «Suroeste», el gran regional del Movimiento para Andalucía Occidental. Edificio ya hay, uno de nueva planta en el Polígono Store de Sevilla; gente, la de «Sevilla», más la de la delegación hispalense de «Pueblo». Sólo faltan las máquinas, que parece que llegarán pronto. Entonces, «Sevilla» desaparecería, y se convertiría en «Suroeste», diario de la mañana. Con «Suroeste» desaparecerían dos viejos diarios azules andaluces («La Voz del Sur», de Jerez, y «Odiel», de Huelva), cuyas gentes quedarían como redactores para las correspondientes ediciones provinciales. El virreinato andaluz de Salvatierra-Romero parece que tendría sus confines en las provincias de Sevilla, Huelva y Cádiz, ya que el diario «Córdoba» —que al menos cubre gastos, si no gana— nadie piensa tocarle, con sus máquinas y su edificio reciente.

Así que Sevilla tendrá pronto tres diarios de la mañana: «ABC» de Sevilla, «El Correo de Andalucía» y «Suroeste», y hasta quienes piensan que así se deja la exclusiva de la tarde a la edición andaluza de «Pueblo». Otros creen que no, que «El Correo...» pasará a ser diario de la tarde, con mucho deporte y mucho conflicto. Si es que antes no lo han cerrado, a pesar de la cabeza de Villagrán. ■ ANTONIO BURGOS.

tre los receptores— y algún que otro profesor universitario extranjero —entre los conferenciantes y comunicantes—.

Si unimos la celebración de este Congreso con las noticias difundidas últimamente acerca de efectos erosivos de los vientos del Norte en la meseta y en el valle del Ebro, de la celebración del Día Mundial Forestal —en el que han participado millares de estudiantes españoles de forma activa— y de los resultados recientes de las estadísticas, por citar algunos ejemplos, nos encontramos ante un estado de cosas que refleja una situación contradictoria.

¿Por qué se permitió en su día la creación de una especialidad universitaria de Geografía sin tener en cuenta las posibles aplicaciones profesionales de los futuros —ya presentes— licenciados?

Parece obvio que formar especialistas en la ciencia del espacio para destinarlos a proporcionar a los niños un mayor conocimiento de la distribución espacial de los fenómenos no es suficiente. Desde los primeros momentos en que la Geografía pasó a poseer entidad propia en nuestro país (con cierto retraso respecto a Europa y al resto de países desarrollados), los profesores universitarios han animado a sus alumnos en la esperanza de poder ejercer algún día la Geografía aplicada. Pero tales promesas y tales esperanzas por parte de los nuevos licenciados (especialistas sólo en Geografía, y no en Geografía e Historia, como sus maestros) no han visto posibilidades de realización merced al «establishment» del sistema.

No existe hoy por hoy ninguna colocación —ni en la empresa pública ni en la privada— que permita a los nuevos geógrafos poner en práctica sus conocimientos para beneficio de la comunidad.

Ni siquiera los especialistas en demografía y geografía de la población pueden incorporarse a los

organismos encargados de la demografía y de la distribución de la población, como pueden ser los Institutos de Estadística locales o nacionales: parece ser que es necesario haber obtenido la licenciatura en Económicas, Sociología o Políticas para incorporarse a tales puestos laborales.

Por otra parte, son muchas las empresas privadas que muy bien podrían acoger a los nuevos geógrafos entre sus profesionales. Pero la tradicional costumbre de considerar a los hombres de Letras como hombres de «letras» hace desconfiar a los empresarios de la eficacia científica y técnica del geógrafo.

La media docena de promociones de geógrafos salidos con el famoso «plan Maluquer» de la Universidad de Barcelona parecen encontrarse en un callejón cuya única salida es la enseñanza. Actualmente, como consecuencia del «plan Suárez», los geógrafos vuelven a ser hombres formados a caballo de la Geografía y de la Historia. Pero durante unos pocos años, en Barcelona fue posible formar auténticos especialistas en medio ambiente, que han tenido que refugiarse profesionalmente en las más diversas ocupaciones, haciendo inútiles los empeños de todos aquellos que contribuyeron a independizar la ciencia geográfica de sus antiguos vínculos con la Historia.

Parece difícil que las cosas vayan a modificarse. Resulta casi imposible la creación de un Colegio Profesional de Geógrafos que reúna a cuantos licenciados surgieron durante una generación. Pero pensar que en un futuro no lejano puedan convocarse plazas de geógrafos para cubrir funciones profesionales que hoy ocupan otros licenciados —tanto en la Administración como en la empresa privada—, sólo es una utopía para aquellos que piensan que comunicar y difundir los problemas es una labor estéril. ■ PABLO MORATA.

PROFESIONES

Desamparados geógrafos aplicados

● Recientemente se ha celebrado en Barcelona un Congreso que ha reunido a numerosos enseñantes de Geografía, principalmen-

te profesores de Enseñanza General Básica, aunque no han faltado representantes de la Enseñanza Secundaria y de la Universitaria —en-

